DEL DIDACTISMO DE LA CARTA A LA CARTA DIDÁCTICA EN SU TRAYECTORIA CLÁSICA

Dolores Thion Soriano-Mollá
Université de Pau; Université Rennes 2

El hecho de que la carta, ya sea bajo el término de epístola y después de misiva, no apareciese entre las categorías preceptivas de Aristóteles explica, en cierto modo, la ausencia de la epistolografía en los estudios preceptivos posteriores. Las dificultades para definir el género como una estructura específica y reconocer su gran elenco de discursos retóricos como modalidades genéricas, e incluso sus relaciones porosas con otros géneros, ha tenido repercusiones importantes en los estudios sobre la epistolografía. El problema reside en la dificultad para identificar de una manera estable el género y sus subcategorías, lo mismo que algunos rasgos específicos como puede ser el del didactismo. Este, sin embargo, fue considerado en los ejercicios preliminares de retórica, los cuales tuvieron significativa influencia en las creaciones literarias que recurrieron a la carta como estrategia compositiva, así como en los nacientes géneros periodísticos y en los ensayos.

Nuestro objetivo es realizar un breve recorrido por los orígenes de la escritura epistolar y sus variantes didácticas grecolatinas para asentar las bases del género epistolar y sus posteriores evoluciones en las permeables fronteras con otras modalidades genéricas. Sin duda por ser un género menor, no existe una historia del arte epistolar hasta la contemporaneidad, por lo que nuestro trabajo se limitará a reconstituir un breve panorama preliminar del mismo desde la perspectiva del didactismo.

La carta cuenta con una larga tradición, tanto en el ámbito de la vida como en el ámbito específicamente literario. Recordemos ahora brevemente sus orígenes. Fueron ellos los que determinaron la versatilidad de las cartas y su didactismo —o intenciones pedagógicas— hasta llegar a crear una modalidad subgenérica reconocida como carta didáctica. El uso de la correspondencia se ha identificado desde que el hombre supo escribir, y tan pronto como los pueblos se desplazaron en el tercer milenio a. C. adquirió rasgos específicos: en las

sociedades mesopotámicas, las cartas eran fundamentalmente administrativas, mientras que las egipcias como las de El Amarna, escritas entre 1408 y 1354 a. C. o las escritas en Babilonia, fueron sobre todo de naturaleza diplomática. Las tareas de informar, inquirir, testimoniar, dar instrucciones más o menos razonadas hicieron que el acto comunicativo no fuese, desde temprano, un acto meramente informativo. Los contenidos y funciones didácticas que integran las cartas, cubren un amplio espectro de funciones que van desde lo meramente ilustrativo, aleccionador, constructivo y ejemplar, hasta lo instructivo, lo formativo, lo educativo y lo didáctico como arte de enseñar.

A pesar de la temprana referencia a la *Ilíada* de Homero con la célebre carta que Proetos remite al rey de Licia (su suegro) para quejarse de que su hija le engaña, se suele afirmar que el uso del género epistolar en la Antigüedad grecolatina era limitado. Aun así, junto a las breves cartas de asuntos personales que se han ido descubriendo, se tiene constancia de que en tal época se cultivaron diferentes variantes del género: tratados, epístolas y cartas con fines edificantes, pedagógicas y divulgativas, ya fuesen de tipo político, científico, cultural, religioso o moral. Además, habría que incluir los libelos en forma de carta. Las tres *Cartas* de Epicuro conservadas gracias a Diógenes Laercio son el ejemplo más célebre del uso filosófico de la carta desde el siglo IV a. C. Es el referente reconocido de la carta didáctica, un medio de exposición de contenidos de índole variada con funciones educativas, estéticas y cívicas. Iban dirigidas a amigos o discípulos y exponían brevemente algún pensamiento o, incluso, teorías personales, por lo que podían alcanzar un tono apologético. Estas características la distancian del tratado como un texto argumentativo, elaborado y en un estilo culto. En palabras de María Luisa del Barrio Vega, la epistolografía evolucionó merced a las trasformaciones sociales e ideológicas de la sociedad griega, que despertaría nuevas necesidades e intereses en la correspondencia, introduciendo elementos como «el gusto por el realismo, por lo conflictos psicológicos, la expresión de los sentimientos, y una mayor importancia del 'yo'» (1991: 124).

La carta fue utilizada creativa y ficticiamente como han documentado los estudiosos de la epistolografía clásica: Eurípides, Tucídides, Platón, Heródoto, entre otros escritores, la integran como un elemento en sus tramas argumentales (*Ifigenia* de Eurípides) y en los relatos novelescos como en la intriga amorosa de *Las aventuras de Quéreas y Calírroe* de Caritón de Afrodisias, de finales del siglo I-II (Barrio Vega, 1991: 135), incorporando con ella sus formas y funciones, tales como transmitir contenidos, ideas y valores, y sensibilizar a los lectores.

El proceso de desarrollo de la carta como instrumento comunicativo de documentos auténticos entre diferentes clases sociales, con finalidades prácticas

y profesionales, había ido en aumento desde antaño dada la gran extensión del Imperio Romano. La necesidad de comunicar a través del Imperio hizo que se crease *cursus publicus*. Fue en el siglo I a. C., cuando nació la figura del epistológrafo, en particular Marco Tulio Cicerón, Séneca y Plinio el joven y sus respectivos epistolarios se consideran los más importantes. Los dos primeros cultivaron un tipo de carta con implicaciones y carácter didácticos, algunas con preceptos sobre temas diversos. Todos conocían perfectamente la retórica griega y el arte de la elocuencia, los cuales influyeron en la configuración de sus estilos epistolares.[1] Con anterioridad, Prisciano el gramático había dado notica de unas cartas didácticas que él estudió, pero que no se conservan. Eran las que Catón el viejo dirigió a su hijo en el siglo VI d. C. con preceptos sobre educación (Antón, 1996: 136; Castillo, 1974: 430).

Ahora bien, la primera correspondencia que ha llegado a nuestras manos es la *Correspondencia* de Cicerón (931 cartas, 797 de su mano). Se organizan en varios epistolarios, entre ellos *Ad Atticum* y *Ad familiares,* que dan cuenta de la vida romana entre los años 68 y 46 a. C. Son muestras de comunicación política, moral, familiar y amistosas, naturaleza y de formas muy distintas en un estilo familiar o *sermo familiaris*. A diferencia de ellas, las *Cartas* que Séneca envió al final de su vida a Lucilio eran enseñanzas filosóficas, de carácter moral y más íntimo, en realidad destinadas a un público más amplio. Su contenido se asemeja al de sus tratados filosóficos —por eso se las denomina carta-tratado— pues en ellas Séneca expone sus doctrinas con las funciones epistolares habituales (ruego, exhortación, consejo, petición, consuelo, etc.). La misión del intelectual era, para Séneca, altruista y social: la perfección que perseguía al buscar desinteresadamente la verdad tenía que contribuir, mediante la enseñanza, al desarrollo de la perfectibilidad de los demás. Esos fines docentes a los que destina el epistolario —no solo comunicativos como los de Cicerón— utilizan estrategias múltiples como la ejemplaridad o la emulación, y revisten la forma clásica del diálogo o conversación entre el maestro y su discípulo de una lengua

[1] Ana Vicente precisa que «A partir del siglo I a. de C. la creación literaria vuelve su mirada hacia la oratoria ática y se produce un retorno a la prosa clásica de los siglos V y IV a. de C., lo cual propiciará el importante movimiento aticista. En esta época, la mímesis, de su concepción aristotélica como representación de la naturaleza mediante el arte, se transforma en imitación de los cánones clásicos, que se consideraron logros perfectos. De este modo la creación literaria ya no procede de una inspiración espontánea como antaño, sino que se convierte en una imitación artificial, en una actividad de erudición, intelectual y de carácter escrito» (2020: 215).

erudita que las distancia de las de Cicerón, lo que diversifica los rasgos del género y del subgénero didáctico. Según precisa Carmen Castillo, su:

> Conversación que adquiere tono elevado y sentencioso y brillantez retórica, de la que quedan excluidos los términos vulgares y también los arcaicos: en ella entran elementos poéticos en la medida en que su presencia es común a toda la prosa de la latinidad «de Plata». (1974: 342)

Como entidad genérica plena, se suelen citar las célebres cartas de Plinio el joven, quien destacó entre los epistológrafos más conocidos por haber tomado conciencia del valor estético de la correspondencia. Plinio adoptó la forma epistolar para abordar cualquier asunto, pero solo uno por carta a través de «tres ejemplos o anécdotas, técnica prescrita por las normas de la escuela y a veces con tópicos de otros géneros» (Castillo, 1974: 432), persiguiendo una estilización del discurso: el orden y la distribución de las palabras, la tendencia al periodo no muy largo, el uso de enumeraciones de tres miembros y de correlaciones incluyendo un quiasmo como contrapunto en favor de la variedad, y la introducción de términos poéticos (Sherwin-White, 1969: XV-XVIII) y de los tópicos de la correspondencia. Su originalidad reside asimismo en haberlas compuesto con la finalidad de publicarlas (Fumaroli, 1978; Petrucci, 2014).

Plinio, como precisa Beatriz Antón (1996:120), recomienda la moderación, el dominio de la elocuencia, el estilo rápido y sencillo, así como la exactitud esmerada, incluyendo algunos rasgos para embellecer las cartas y recomienda como ejercicio su redacción porque confiere concisión y agilidad a la expresión. Entre tales recursos figuran el uso del griego o grecismos técnicos y también solo como mero adorno, citas de autores, uso de proverbios, de frases recurrentes y estereotipadas, elipsis, incisos, entre otros rasgos. En suma, este complejo de dictados —según observa P. Cugusi (1989: 383)— transforma un acto «originariamente espontáneo como 'dialogar con el amigo ausente' en un comportamiento sofisticado y estilizado, y, por tanto, regulado por normas y leyes precisas que determinan «la progresiva constitución de un verdadero y propio *genus* con formulaciones peculiares y características inconfundibles» (Antón, 1996: 122).

Superando estas convenciones, cabe recordar los diferentes usos que fueron apareciendo de los modelos epistolares. Cómo no recordar, por ejemplo, las epístolas de asunto literario y las cartas ficticias, y respecto de las primeras, la célebre *Epístola a los Pisones*, que Horacio escribió en verso, así como el *Libro Segundo de las Cartas*, en hexámetros sin adornos retóricos y un latín elegante. Con ella se acuñaría el género de la epístola moral sobre el tema de la amistad

que será muy imitado durante el Renacimiento. Asimismo, no podemos obviar las *Cartas de las Heroídas de Ovidio, unas epístolas sobre el amor con versos* elegiacos en los que se percibe la fuerte influencia de la declamación retórica y de las funciones persuasivas, la etopeya y la imagen de los destinatarios para que el discurso resulte vivo. En otros ámbitos, la carta fue —y la actualidad nos confirma que sigue siendo— un instrumento de poder, por lo que los usos propagandísticos fueron también documentadas por Sykutris, y se enmarcan por la exposición de teorías personales y de contenidos doctrinales dentro de la categoría de la carta didáctica. Otra de las variantes identificadas por Sykutris en 1931 son las cartas de contenido científico como las de Empédocles, Alcmeón de Crotona, Polemón, Filócoro, Arquímedes, Apdoloro, etc., así como la carta dedicatoria *Vidas de los sofistas* de Filóstrato —con una dedicatoria al cónsul Antonio Gordiano— y *Onomástico* de Polux, cuyas cartas-dedicatoria al emperador Cómodo, con las fórmulas retóricas de apertura y cierre, hacen las veces de prólogo (Barrio, 1990: 130).

Se supone, por falta de documentación, que la carta no cobró independencia como género ficticio autónomo hasta la Época Imperial, momento en que las ciudades griegas pudieron impulsar la vida intelectual, potenciaron la declamación pública con discursos a menudo ficticios (Vicente, 2020: 216) y abrieron numerosas escuelas de retórica que ya no se consagraron a la filosofía, sino a asuntos concretos. Es el período conocido como Segunda Sofística (s. I d. C.), donde aparecieron otros modelos de carta didáctica sobre aspectos de la vida: la carta etopéyica, que en la actualidad calificaríamos de costumbrista por representar o pintar tipos y caracteres sociales (Alcifrón, Eliano y Aristeno) y la carta patológica-erótica, más personales y literarias de Filóstrato y sus atribuidas *Epístolas de amor* entre los siglos I y II. Por otra parte, la carta didáctica sirvió de cauce fundamental para la divulgación de la doctrina cristiana en las Sagradas escrituras: las *Epístolas de los apóstoles* o del *Nuevo Testamento*. Las cartas doctrinales y apologéticas alcanzaron un importante auge entre las primeras del cristianismo y se caracterizan por mantener un estilo familiar y un tono conversacional que va a ser una de las estrategias fundamentales en la exposición de contenidos sagrados y abstractos. Estas, a diferencia de las de Séneca o de Plinio, mantuvieron ese estilo conversacional y el *sermo familiaris.*

Los escritores de cartas y epístolas asumían los rasgos genéricos del marco comunicativo con sus fórmulas y estructuras, o sea, en el ámbito de la *dispositio* y de la *elocutio*. Desde entonces se caracterizan por su ductilidad formal y temática al servicio del asunto y del objetivo de la comunicación, por lo que podían abarcar cualquier tema. A imagen del saco roto barojiano respecto de la novela,

se le ha calificado de «esponja genérica» (Aubrion, 1975: 323; Gallé, 2021). La libertad compositiva es una de sus características distintivas, dados los fines diversos que persiguen y la forma de expresión que emplean, siendo constante la indefinición preceptiva. Los ejemplos de escritura pagana o religiosa, personal, auténtica o ficticia, su carácter privado, público u oficial, la existencia de cartas abiertas destinadas a convencer, doctrinales o científicas, las de tipo proemial o de dedicación, lo mismo que la existencia de cartas poéticas, ponen de manifiesto el carácter proteiforme de la correspondencia en general y la variedad del didactismo en un sentido amplio del término.

Aunque el didactismo aparece como finalidad primera de las cartas doctrinales y científicas, las tendencias docentes —a veces entremezcladas sibilinamente con las informativas— no están ausentes de otras formas como las privadas o las abiertas, las de proemio o de dedicación y las poéticas, incluso en prosa y en verso, según el asunto planteado, la forma ligera o grave del tratamiento, el estilo oral, coloquial o elevado, la intención del autor y la naturaleza del destinatario al que se dirige y las circunstancias de la carta para mantener la distancia respecto del tratado doctrinal, en el que se desarrolla metódicamente un argumento científico, histórico o literario.

Séneca y Plinio representan una etapa importante para la epistolografía y para la carta didáctica en particular por perder con ellos la elocuencia espontánea, la oralidad, el tono conversacional en favor de un estilo erudito y codificado bajo el control de la retórica.[2] Además, el tópico (*Narrare, certiorem facete*) que vendría a ser la finalidad última de este tipo de correspondencia (Antón, 1996: 118), con el de *Docere-Narrare* se incrementa en el discurso escrito, retóricamente normativo que lo convertirá en producto erudito. Por otra parte, cabe recordar que los retores de la escuela de Libanios en Grecia o los de la escuela latina de Quinto Aurelio de Símaco, todos grandes oradores, se distinguieron por el desarrollo los *progymnásmata* para la educación, o ejercicios preparatorios para la retórica a partir de la correspondencia, lo que influyó tanto en la oratoria y en los demás géneros literarios y críticos, a veces como mero reflejo de mecanismos aprendidos en la escuela como estructura

---

[2] Destaca Cicerón por conseguir una prosa más libre de construcciones vetustas y de vocablos viejos. En época de César se percibe una oposición frente a la elocuencia ciceroniana, influenciada, según decían sus oponentes (Bruto, Atico, Calvo), por el asianismo. Se exige entonces un aticismo más estricto. Lisias es el nuevo modelo con su estilo conciso y elegante, y también Tucídides, notable igualmente por su sobriedad porque los gustos literarios habían cambiado (Antón, 1996: 138).

pragmática valida y, por lo tanto, modelo de norma social y comunicativa. Son, por lo tanto, imprescindibles todas las partes del aparato retórico tales como las fórmulas de inicio y de cierre (*inscriptio* y *subscriptio*), la inscripción del marco referencial (lugar y fecha), junto con los contenidos iniciales que responden a las normas y usos sociales como preliminares al tratamiento del asunto de la misiva —agradecer, suponer o desear el estado de salud, acusar recibo de otra misiva, por ejemplo, son tópicos que van a permanecer a través de la historia hasta nuestros días en la comunicación ordinaria—. Así, del interés por la *inventio* o el contenido, los epistológrafos habían evolucionado al interés por la forma, simplemente *elocutio*, constante que se consolidaría por múltiples factores en el Medievo, tales como el control de la Iglesia Católica, su elitismo cultural, el uso del latín y sus medios de transmisión pedagógica frente al desarrollo de las lenguas vernáculas y de la cultura oral.

Las múltiples funciones de la escritura epistolar y el gran elenco de ámbitos en los que se utilizó en las culturas clásicas determinaron su examen desde perspectivas compositivas y pragmáticas. Las epístolas fueron entonces objeto de estudio de la Retórica como *ars dictandi* (capacidad de escribir cartas). El arte de componer se entrecruza con el arte de la retórica para responder a la pregunta de cómo hay que escribir una carta y definir los rasgos esenciales del género epistolar. Quedaron, en general, al margen de la estética, pero por permeabilidad y por sus usos prácticos, su codificación fue circulando también —probablemente como resultado de los aprendizajes en el aula— como tipología de discurso y como recurso literario a pesar de su escasa teorización.

En su *Lexikon der Antike; Philosophie, Literatur, Wissenschaft*, Kytzler identificaba tres tipos de escritos sobre preceptiva epistolar grecolatina (Suárez, 1987 y 1988; Castillo, 1974). En primer lugar, los tratados de estilo que presentaban las normativas epistolares como *De elocutione*, de Demetrio (350-280 a. C.). A pesar de las incógnitas y la divergencia de opiniones en torno a la cronología de su teoría sobre el estilo epistolar, en unos trece párrafos justifica su asociación de la carta como una parte del diálogo:

> donde el autor debe reflejar su personalidad. La carta ha de ser breve, ya que si es demasiado larga sería un tratado; y con un saludo o encabezamiento (así son muchas epístolas de Platón y Tucídides); los períodos serán cortos; se atenderá no sólo a la forma, también al contenido; la incorporación de proverbios y sentencias aumenta la elegancia de una carta. Muy importante a efectos de la tradición epistolar es la exigencia de adecuación de la carta al destinatario. (Antón, 1996: 113-114, Suárez, 1987: 187-189).

En segundo lugar, Kytzler identificó las obras de Retórica que estudiaban el género epistolar. Por ejemplo, *Ars Rhetorica* de Iulius Víctor, los *Tratados epistolares* atribuidos a Pesue-Demetrio, al Libano o a Procio, y *Variae epistolae* de Casiodoro. Todos ellos son testimonios de la importancia creciente que la Retórica concede a este género menor. En tercer lugar, Kytzler orientó su trabajo a la recogida de testimonios de índole metatextual en las epístolas griegas de Focio, S. Gregorio de Nacianzo y Filóstrato, y entre las latinas, en las epístolas de Cicerón y las de Séneca.

En la actualidad, disponemos de una sistematización de las normas localizadas gracias a los estudios sobre epistolografía grecolatina, entre otros, de Esteban Suárez de la Torre (1991), Rafael J. Gallé (2021) y Ana Vicente (2020). De manera específica, destacan los estudios sobre los *progymnásmata*, entre los que cabe mencionar las obras de Teón, Hermógenes, Aftonio y Quintiliano (Pernot, 2018; Reche, 1991). A su estudio se han dedicado los trabajos realizados por Dolores Reche (1991), Antonio López Eire (1998), Laurent Pernod (2017), Pierre Chiron y Benoît Sans (2020). Apuntemos que los *progymnásmata* servían para aprender la retórica y la composición de los distintos discursos y de algunos géneros retóricos (Reche, 1991: 31).

Por lo que a la carta se refiere, los aspectos más destacados por los estudios precedentes sobre epistolografía y sobre los *progymnásmata* plantean aspectos fundamentales de la correspondencias de índole externa, tal como la naturaleza pública y privada de la misma y las implicaciones que de ella se derivan, las partes retóricas estructurales, desde la apertura al cierre final con el saluda, el texto y la despedida, los aspectos pragmáticos del circuito de comunicación epistolar, desde el *sermo in absentias per littera* hasta la influencia o la impronta del epistológrafo, el *ethos* y el *pathos* en la construcción de la persuasión, o, como afirma Beatriz Antón, las vinculaciones amistosas (*Narrare, certiorem facete*) que pueden generar o reforzar los intercambios entre corresponsales (1996: 118), o el *Docere-Narrare*, en el caso de la carta de contenido elevado y con función informativa o didáctica como ocurre con las de Séneca. Otros rasgos perviven como constantes del estilo epistolar, tales como la brevedad, con el fin de que la carta no se convierta en tratado, además de la claridad, la sencillez y la corrección propias del *sermo cotidianas*, junto con la amenidad de la tradición retórica. Huelga decir que Cicerón velaba por que la exactitud y el detalle se combinasen con el encanto y la elegancia, mientras que Séneca perseguía un estilo medio, sencillo y sincero.

Por ser su estructura estable, por ser breve y cercana al diálogo, la carta resulta un género idóneo para aprender a argumentar y persuadir. De ahí su

recuperación para un aprendizaje metódico en los colegios, escrito y oral, que favorecía el desarrollo de competencias lingüísticas, de la capacidad expresiva y argumentativa necesarias para la vida social, cultural y política. Entre los ejercicios que se enseñaban, se aconsejaban la etopeya y la prosopografía dobles, el *ethos* y el *pathos* de Aristóteles para representar los caracteres, las emociones con una expresión acertada adaptándose, con decoro, al remitente y al destinatario (Gallé, 2001 y 2010: 17-43; Vicente Sánchez, 2020: 220), pero asimismo la fábula, el elogio y la amonestación, el lugar común o el *loci*, el paralelismo, la tesis y la proposición de ley. Otras técnicas o ejercicios prácticos estaban sacados a partir de epistolarios diversos, sobre todo el de Filóstrato, según ha demostrado Rafael Gallé. En su corpus de cartas se han identificado, al igual que en los textos de Aftonio, el encomio y el vituperio, a partir de «bienes externos, físicos y morales. Entre los primeros se encuentra el origen, la riqueza, la reputación o la educación, entre los segundos: el linaje, cualidades corporales y entre los terceros los valores espirituales como el buen juicio, la prudencia, la valentía, la generosidad, la magnanimidad, etc.)» y por las acciones que de ellos se derivan, según Filóstrato. Entre «las acciones hermosas que deben elogiarse están las que hace una persona, pero con beneficio común o mayor» (Vicente Sánchez, 2020: 221 y ss.), pero no se debe criticar o hacerlo de manera disimulada o encubierta porque recuerdan errores, lo que puede llegar, según Gallé Cejudo, al encomio paradójico o «elogio de motivos, circunstancias o personajes que en principio no son susceptibles de ser alabados» (2013: 343-344).

La descripción o écfrasis es otro ejercicio importante en la correspondencia, porque implica representar con palabras lo que se quiere hacer ver, o sea, crear imágenes claras y sencillas, ya sean personajes, hechos, situaciones, épocas, lugares, objetos, estaciones, etc. La composición de imágenes no consiste en buscar una imagen para aplicarla a una idea, sino lo inverso: se parte de una imagen dada y hay que hallar una idea a la que aplicarla. Resume Ana Vicente que «la descripción de hechos, aconseja Teón explicar lo sucedido antes, lo que ocurre en el momento y las consecuencias» (2020, 221 y ss.). Aconseja Teón argumentar a partir de la belleza, la utilidad y el placer, mientras que Hermógenes recomienda servirse de la propia narración, de la belleza, la utilidad y lo inesperado. Por su parte, Gallé Cejudo se detiene en las exclamaciones, las preguntas retóricas, el predominio del asíndeton que aglutina los sentimientos expresados —siempre que no merme la comunicación— como elementos dinamizadores del discurso y de su capacidad connotativa, tanto para el epistológrafo como para su remitente. La acción o *chreia* (el relato y sus componentes) era otro tipo de discurso predilecto por la frecuente necesidad

de mostrar hechos sucedidos o como si hubieran sucedido. Se compone de seis elementos básicos: el personaje, el hecho, el lugar, el tiempo, el modo y la causa, y exige una composición de expresión clara, concisa y verosímil; aspectos que coinciden con la retórica epistolar. Por ese mismo motivo, al estudiar *Las Cartas de Temístocles*, Ana Vicente identifica la importancia concedida a la sentencia, como idea general que presenta la naturaleza de las cosas, a la vez que expresa un saber o una idea popularmente aceptada directamente (máximas) o través de la comparación o *locis* (2006: 228; 2016).

En la Edad Media, la epístola se considera un ejercicio de oratoria, por lo que se persigue una textualidad elegante y se prodigan consejos para las funciones de la *ornatio*, la armonía de las partes estructurales, el respeto de las reglas, «en secciones secuenciales a insertar, comenzando por la *salutatio*, continuando con el *exordium* y la *narratio* y finalizando con la *conclusio*» (Poster y Mitchell, 2007). Cada carta leída implica, entonces, el reconocimiento de un modelo retórico que sale pedagógicamente reforzado. La funcionalidad didáctica de la misiva queda así estabilizada como *ars dictaminis* y, por lo tanto, se perpetua ya no como arte de expresión oral, sino exclusivamente por medio de la palabra escrita (Castillo, 1975: 445).

Qué duda cabe que todo ejercicio asimilado durante la adolescencia para desarrollar las habilidades comunicativas crea unos estratos en los individuos que forman parte de los hábitos lingüísticos esperables y reconocidos como válidos en la sociedad. A pesar del recurso a la carta como estrategia escolar, esta proseguirá su evolución en sus funcionalidades administrativas, divulgativas y poéticas a través de la Historia.

Salvadas las distancias temporales, el didactismo que conlleva la carta como modelo estable y normalizado reaparecerá con la recuperación humanista de la tradición clásica, incluso en lengua vulgar, y en los modelos más creativos para mantener los rasgos mínimos del género. A través de la educación escolar, consciente o inconscientemente, seguirá circulando asimismo en sus paráfrasis, imitaciones y traducciones —técnicas de los ejercicios preliminares que siguieron educando a generaciones de jóvenes—. Su éxito en el Renacimiento y en la Ilustración, por centrarse en el individuo y la liberación de la expresión, a pesar de los moldes retóricos, enriquecerá este subgénero didáctico que irá constantemente evolucionando hasta la actualidad bajo otros moldes modernos, tales como la carta-prólogo, la carta-crítica, la carta-ensayo, hasta el ensayo actual.

Referencias bibliográficas

Antón, Beatriz, «La epistolografía romana: Cicerón, Séneca y Plinio», *Helmantica,* January, 142-143, pp. 105-148, 2006. https://doi.org/10.36576/umma.3479

Aubrion, Etienne, «Pline le Jeune et la rhétorique de l'affirmation», *Latomus*, 34, pp. 90-130, 1975.

Barrio Vega, Mª Luisa del, «Algunos problemas de la epistolografía griega. ¿Es posible una clasificación epistolar?», *Minerva*, 5, 123-137, 1991.

Castillo García, Carmen, «La epístola como género literario de la antigüedad a la edad media latina», *Estudios clásicos*, 73, pp. 427-442, 1974.

Chiron, Pierre y Sans, Benoît (dirs.), *Les* Progymnasmata *en pratique, de l'Antiquité à nos jours*, París: Rue d'Ulm, 2020.

Cugusi, Paolo, «L'epistolografia: Modelli e tipologie di communicazione», en Cavallo, Guglielmo., Fedeli, Paolo. y Giardina, Andrea (dirs.), *Lo spazio letterario di Roma antica*, Roma: Salerno Editrice, pp. 379-419, 1989.

Enríquez, Antonio, «El género epistolar en Ia literatura latina», en *Los géneros literarios. Actes del VII[e] Simposi d'Estudis Clàssics (21-24 de Març de 1983)*, Bellaterra: Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 259-268, 1985.

Fumaroli, Marc, «Genèse de l'épistolographie classique: rhétorique humaniste de la lettre, de Pétrarque à Juste Lipse», *Revue d'histoire littéraire de la France,* 78(6), pp. 886-905, (1978). https://www.jstor.org/stable/40526216

Gallé Cejudo, Rafael J., «Reflexiones sobre la epistolografía griega», en Estefanía, Dulce, et al. (eds.), *Géneros grecolatinos en prosa. Cuadernos de literatura griega y latina V. Orígenes greco-latinos de los géneros en prosa*, Alcalá de Henares-Santiago de Compostela: Universidad de Alcalá de Henares, pp. 263-299, 2005.

— (ed.), *Filóstrato, Cartas de amor. Aristéneto, Cartas*. Madrid: Gredos, 2010.

—, «Progymnasmatic Alteration in the Love Letters of Philostratus», *Harvard Studies in Classical Philology*, 110, pp. 341-369, 2019. https://www.jstor.org/stable/48623481

—, «La epistolografía griega: rasgos generales y tendencias de estudio», *Itaca: quaderns catalans de cultura clásica,* 37, pp. 111-125, 2021. https://doi.org/10.2436/20.2501.01.107

Guillén, Claudio, «Para el estudio de la carta en el Renacimiento», en López Bueno, Begoña, *La epístola*, Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, pp. 101-127, 2000.

Kytzler, Bernhard, *Lexikon der Antike (Philosophie, Literatur, Wissenschaft) I*, Munich, 1970.

Muchembled, Robert, et al. (eds.), *Cultural Exchange in Early Modem Europe, III, Correspondence and Cultural Exchange in Europe, 1400-1700*, Cambridge: Cambridge University Press.

Pernot, Laurent (2017), «La enseñanza de la retórica en la Antigüedad grecorromana», *Quadripartita Ratio: Revista de Retórica y Argumentación*, 5, pp. 23-36, 2018. https://doi.org/10.32870/qr.v3i5.75

Petrucci, Armando, *Escribir cartas. Una historia milenaria*, Buenos Aires: Ediciones Ampersand, 2018.

Poster, Carol y Mitchell, Linda C., *Letter-writing manuals and instruction. From antiquity to the present. Historical and bibliographic studies*, Columbia: University of South Carolina Press, 2007.

Prieto Domínguez, Óscar, «Los acercamientos científicos a la epistolografía griega y sus enfoques teóricos», *Estudios Clásicos*, 133, pp. 111-132, 2008. https://www.estudiosclasicos.org/wp-content/uploads/EClas-133.pdf

Reche Martínez, Dolores, *Ejercicios de Retórica*, Madrid: Gredos, 1991.

Sherwin-White, Adrian Nicholas, *Fifty letters of Pliny, the younger*, Oxford: Oxford University Press, 1969.

Suárez de la Torre, Esteban, «La epistolografía griega», *Estudios Clásicos*, 83, pp. 19-46, 1979. https://www.estudiosclasicos.org/wp-content/uploads/EClas-083.pdf

—, «Ars epistolica. La preceptiva epistolográfica y sus relaciones con la retórica», en Morocho Gayo, Gaspar (ed.), *Estudios de drama y retórica en Grecia y Roma,* León: Universidad de León, pp. 177-204, 1987.

—, «Epistolografía», en López Férez, Juan Antonio (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid: Cátedra, pp. 1144-1152, 1988.

Vicente Sánchez, Ana, *Las Cartas de Temístocles. Lengua y técnica compositiva*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2006.

—, «Retórica escolar griega y las Epístolas de amor de Filóstrato», *Rétor*, 10(2), pp. 214-236, 2020. https://www.aaretorica.org/revista/index.php/retor/article/view/37

Vicente Sánchez, Ana C. y Ramón Palerm, Vicente M., «Escuela y retórica en la composición epistolar: *Progymnásmata* en las *Cartas* de Alcifrón», en Montes Cala, José Guillermo, et al. (coords.), *Fronteras entre el verso y la prosa en la literatura helenística y helenístico-romana*, Bari: Levante Editori, pp. 721-734, 2016.